

Antropología de las edades

Carles Feixa* **

Prólogo. La edad desde la antropología

The list of potential approaches to age, as to any unexplored region or uncontacted tribe, can be no less than an inventory of anthropological specialities... (Keith, 1980:360).

El estudio de la edad no es un territorio recién descubierto para la investigación antropológica. Desde Maine y Morgan (pero también desde Frazer y Boas), la edad ha sido considerada, junto con el sexo, como un principio universal de organización social, uno de los aspectos más básicos y cruciales de la vida humana (Spencer, 1990). En la mayor parte de etnografías sobre sociedades primitivas o campesinas, los antropólogos debieron prestar atención a las estratificaciones por edades, pues eran fundamentales en el funcionamiento de las mismas. Desde Van Gennepe [1909], el estudio de los ritos de paso se convirtió en un área clásica en etnología, y una importante especialización regional y temática se centró en el estudio de sociedades organizadas en torno a las llamadas *clases de edad*, sobre todo en el África subsahariana (Paulme, 1971; Bernardi, 1985). También la etnografía de las sociedades complejas cuenta con monografías pioneras sobre microsociedades basadas en la edad, como las bandas juveniles y las residencias de ancianos (Whyte [1943]; Jacobs, 1974). Existen diversos intentos de comparación intercultural sobre los grupos de edad, ya sean visiones globales como el clásico libro de Eisenstadt (1956) o análisis sobre grupos de edad específicos basados en los datos del *Human Relations Area Files*, desde el trabajo precursor de Simmons (1949) para la ancianidad, hasta el reciente de Schlegel y Barry (1991) para la juventud. ¿Acaso no es

* En: J. Prat & A. Martínez (eds), *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*. Editorial Ariel, S.A., Barcelona, 1996. pp. 319-335.

** Este ensayo es fruto de una estancia de corta duración realizada en el Departamento de Antropología de la Universidad de California en Berkeley, gracias a una beca de la CIRIT. Quiero agradecer la inestimable colaboración brindada por Stanley Brandes y Francisco Ferrándiz, así como los comentarios de Teresa San Román a una primera versión del manuscrito, que no siempre he podido o sabido aprovechar, y los de Rosa Martínez a una versión postrera.

un libro sobre la adolescencia en una sociedad primitiva -*Coming of Age in Samoa* de Margared Mead [1929]- el mayor *best-seller* de la historia de la antropología?¹

Pese a estos precedentes, sólo a partir de los últimos años la edad se ha convertido en un objeto de reflexión central y no periférico para la teoría y para la praxis antropológica. Ello se ha traducido en la identificación disciplinaria de un espacio de debate bautizado como «antropología de la edad» (Keith, 1980), lo que se ha puesto de manifiesto en el espectacular crecimiento de las investigaciones, en la organización de numerosos eventos y foros, y en la publicación de una serie de *readings* que han venido a dar carta de naturaleza al nuevo campo (Kertzer y Keith, 1984; Abelès y Collard, 1985; Spencer, 1990). Como en todo proceso de creación/legitimación de subáreas disciplinarias, no han faltado los oportunismos burocráticos y lo que un autor ha llamado «tropos de ambigüedad» (Cohen, 1994:143).² Ello muestra el carácter todavía incipiente del desarrollo teórico, aunque el terreno esté abonado para propuestas paradigmáticas susceptibles de superar estas limitaciones.

Una de las claves de la aproximación antropológica a la edad es su consideración como construcción cultural. Todos los individuos experimentan a lo largo de su vida un desarrollo fisiológico y mental determinado por su naturaleza, y todas las culturas compartimentan el curso de la biografía en períodos a los que atribuyen propiedades, lo que sirve para categorizar a los individuos y pautar su comportamiento en cada etapa. Pero las formas en que estos períodos, categorías y pautas se especifican culturalmente son muy variados (San Román, 1989:130). Pues si no son universales las fases en que se divide el ciclo vital (que pueden empezar antes o después del nacimiento, y acabar antes o después de la muerte), mucho menos lo son los contenidos culturales que se atribuyen a cada una de estas fases. Ello explica el carácter relativo de la división de las edades, cuya terminología es extraordinariamente cambiante en el espacio, en el tiempo y en la estructura social. Es obvio que la edad como condición natural no siempre coincide con la edad como condición social. Bernardi (1985:1) distingue, en este sentido, entre *edad psicológica* (que mide el desarrollo cronológico de un individuo desde su nacimiento hasta el presente) y *edad estructural* (que mide su capacidad para desarrollar ciertas

¹ Aunque este ensayo se centra en las obras planteadas desde la antropología, deben citarse también las contribuciones de disciplinas afines, como la psicología (Erikson, 1980), la historia social (Gillis, 1981) y la sociología (Silverstein, 1973), así como de otras ramas vinculadas a la antropología general, como la antropología física, la etología, la lingüística o la psicología, entre cuyas preocupaciones centrales figuran las relaciones entre desarrollo somático y evolución mental, entre aprendizaje humano y animal, entre dominio del lenguaje y socialización, entre ciclo vital, cultura y personalidad (Kertzer y Keith, 1983).

² La misma delimitación del campo en el ámbito anglosajón es ambivalente, pues el término *anthropology of age* (o a veces *anthropology of aging*) se suele identificar de manera un tanto eufemística con los estudios sobre tercera edad, largamente hegemónicos en Estados Unidos, mientras que los estudios sobre la infancia se suelen integrar en la etnografía escolar, los trabajos sobre la juventud acostumbran a ir asociados a la antropología de la marginación, y los estudios sobre la vida adulta brillan literalmente por su ausencia.

actividades sociales, lo que se traduce en ritos de paso como la iniciación o en lindes legales como la mayoría de edad o la jubilación). No debe confundirse la edad como *ciclo vital* (que define los *grados de edad* por los cuales han de pasar los miembros individuales de una cultura) con la edad como *generación* (que agrupa a los individuos según las relaciones que mantienen con sus ascendientes y sus descendientes y según la conciencia que tienen de pertenecer a una cohorte generacional). Ni las *clases de edad* formalizadas de algunas sociedades preindustriales (una categoría de adscripción que agrupa a los individuos iniciados en un mismo período, que avanzan juntos a lo largo de los grados de edad) con los *grupos de edad* informales de las sociedades complejas (O'Donnell, 1985). Por último, debe diferenciarse la edad como *condición social* (que asigna una serie de estatus y de roles desiguales a los sujetos) y la edad como *imagen cultural* (que atribuye un conjunto de valores, estereotipos y significados a los mismos).

La relación entre antropología y edad puede abordarse desde tres perspectivas básicas, que corresponden a tres estadios de la investigación (Keith, 1980:339 y ss.): *La edad en la antropología* trata de indagar el papel asignado a las agrupaciones basadas en la edad en la historia de la disciplina, fundamentalmente a partir de la comparación intercultural; *La antropología de las edades* trata de realizar estudios sobre grupos de edad específicos en distintas sociedades, lo que conduce a aproximaciones de tipo esencialmente etnográfico y holístico; *La antropología de la edad*, finalmente, plantea análisis transversales sobre la edad como proceso cultural, lo que conduce a aproximaciones de naturaleza esencialmente teórica. En la realidad concreta, estas tres perspectivas a menudo se entrelazan, por lo que quizá sea preferible referirse a una *antropología del ciclo vital y de las relaciones intergeneracionales* como marco de análisis global. No es posible, en el limitado espacio de este ensayo, trazar una revisión sistemática que contemple los diversos grupos de edad, escuelas teóricas y áreas temáticas. Por ello me centraré en los dos campos que han suscitado más estudios: la juventud y la ancianidad³. Mi intención es trazar un panorama -necesariamente sucinto- de las principales aportaciones, con el objeto de suscitar algunas cuestiones de interés más general.

³ El hecho de que aquí nos limitemos a la juventud y a la ancianidad no implica olvidar los estudios realizados sobre otros grupos de edad. Sobre la antropología de la infancia pueden consultarse las compilaciones de Mead y Wolfenstein (1955) y de Schepper-Hugues (1987) y un reciente estado de la cuestión de James (1995). Sobre la edad adulta, véase el sugerente ensayo de Brandes sobre la crisis de los cuarenta y su recubrimiento simbólico (1985, 1995).

Antropología de la juventud: púberes, bandas, subculturas

If anthropology is the study of humankind, why has it dealt mostly with men, to an increasing extent with women, to some degree with children and old people, but very little with youth as a subject matter? Perhaps, like many other adults, anthropologists view youth as not to be taken very seriously: occasionally amusing, yet potentially dangerous and disturbing, in a liminal phase (Wulff, 1995:1).

El estudio antropológico de la juventud surge, hacia 1928, en dos escenarios diferentes: el debate naturaleza-cultura en las sociedades primitivas y la cuestión de las nuevas patologías sociales en las sociedades urbanas. En 1905 el psicólogo norteamericano G. Stanley Hall había publicado el primer gran tratado académico dedicado a la adolescencia, de título enciclopédico: *Adolescence: Its Psychology, and its Relations to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*. Influenciado por el darwinismo, Hall desarrollaba una teoría psicológica de la recapitulación, según la cual existiría un paralelismo, basado en la estructura genética, entre el desarrollo de la personalidad en el individuo y las diferentes etapas en la historia del género humano. La adolescencia, que para el autor se extiende de los 12 a los 22-25 años, correspondería a una etapa prehistórica de turbulencia y transición, marcada por las migraciones de masa, guerras y culto de los héroes, y se traduciría en un comportamiento de «tempestad y estímulo» (*storm and stress*, noción inspirada en el *sturm und drang* romántico). La obra tuvo una enorme influencia, al postular la naturalidad de una etapa de moratoria social e inestabilidad emocional, previa a la vida adulta. En realidad, Hall no hacía más que racionalizar la extensión de la juventud como etapa de semidependencia en los países occidentales, proceso que tuvo lugar a finales del siglo XIX en relación a la expulsión de los jóvenes del mercado de trabajo, a la extensión de la escolaridad obligatoria y del servicio militar, a la nuclearización de la familia y al surgimiento de entidades orientadas específicamente a la juventud (Hall, 1915; Ariès, 1973; Gillis, 1981).

Cuando Margaret Mead inició su trabajo de campo en Samoa, en 1925, estas ideas estaban muy en boga entre los educadores norteamericanos. De hecho, su célebre estudio fue concebido como un intento de refutar las teorías de Hall, mostrando que no en todas las culturas la adolescencia podía verse como la fase de «tempestad y estímulo» generalizada a partir del caso de los jóvenes en Norteamérica. Ya en el prólogo de Boas se explicita el objetivo básico, congruente con la crítica relativista a los universales psicológicos: «Los resultados de esta seria investigación confirman la sospecha largamente alimentada por los antropólogos sobre el hecho de que mucho de lo que atribuimos a la

naturaleza humana no es más que una reacción frente a las restricciones que nos impone nuestra civilización» (en Mead, 1986:12-3). Al parecer, Boas había coincidido con Hall en los años 1890, y había polemizado con él sobre la relación entre naturaleza y crianza, en especial en las primeras fases de la vida (tema que retomaría más tarde otra de sus discípulas: Benedict, 1973). Las conclusiones de Mead son harto conocidas: la adolescencia en Samoa «no representaba un periodo de crisis o tensión sino, por el contrario, el desenvolvimiento armónico de un conjunto de intereses y actividades que maduraban lentamente» (1985:153), una etapa privilegiada y feliz en el ciclo vital, repleta de escauceos amorosos, juegos y fáciles relaciones con padres y parientes. En los dos últimos capítulos del libro (redactados a instancias del editor), Mead reflexionó sobre la educación occidental a la luz de la experiencia samoana, fundando la tradición de la antropología entendida como crítica cultural (Marcus y Fischer, 1986:158), convirtiendo el libro en una especie de biblia para una nueva generación de educadores progresistas, hasta el punto de ser considerado una de las bases intelectuales de la revolución sexual y de la protesta juvenil de los sesenta (Schepper-Hugues, 1984:86). Muchos años después, Freeman (1983) pondría en cuestión las aserciones básicas de Mead, acusándola de ofrecer una imagen demasiado idílica de la cultura samoana, condicionada por sus propios presupuestos ideológicos y por las limitaciones del trabajo de campo (fragmentario y con un precario conocimiento de la lengua). Para Freeman, las características de la adolescencia en Samoa eran diametralmente opuestas a las señaladas por Mead: la agresividad sexual, la dependencia familiar, la jerarquización según el rango, los castigos físicos, la violencia y la valoración de la virginidad eran rasgos centrales. El autor iba más allá, al postular la importancia de los factores biológicos supuestamente ignorados por Mead: las dificultades de la adolescencia, aunque culturalmente modeladas, eran universales en la medida en que se fundamentaban en la naturaleza humana (Freeman, 1983:278). El libro provocó la que ha sido considerada la querrela más importante de la antropología contemporánea, en la que intervinieron las figuras más representativas de la disciplina en Norteamérica (Clifford, 1983; Harris, 1983; Marcus, 1983; Schepper-Hugues, 1984; Côté, 1994). Aunque el debate replanteó cuestiones teóricas y epistemológicas relevantes para la disciplina (como la polémica sociobiológica, las condiciones del trabajo de campo, las estrategias textuales en etnografía, los sesgos de género y el papel de la antropología como crítica cultural), sirvió sobre todo para actualizar una pregunta clásica: ¿cómo interactúan naturaleza y cultura en la definición social de las edades? En 1968 la autora retomaría el tema de la juventud en otro famoso ensayo sobre la «brecha generacional», en el cual anunciaba el advenimiento de una cultura *prefigurativa* en la que los hijos serían capaces de enseñar a los padres, y los jóvenes se convertirían en «herederos del futuro» (Mead, 1977).

En los mismos años en que Mead estudiaba a las adolescentes samoanas, otros antropólogos norteamericanos fijaban también su atención en agrupaciones juveniles, aunque en este caso fuera en ámbitos urbanos de su propio país. En 1929 se publicaron dos trascendentes obras de etnografía urbana: *The Gang*, de Frederik Thrasher y *Middletown*, de Robert y Helen Lynd. La primera se centraba en el estudio de las pandillas juveniles emergentes en los barrios populares de Chicago, trazando un vívido panorama de la «cultura de la esquina». La segunda abordaba el estudio holístico de una pequeña ciudad del medio oeste americano, dedicando todo un apartado a las culturas formales e informales de la *high-school*. Ambas retrataban dos facetas contrapuestas, aunque complementarias, de la naciente «cultura juvenil». La investigación de Thrasher formaba parte del proyecto promovido por Park y Burgess sobre el crecimiento urbano de Chicago: para los autores, las bandas no surgían indiscriminadamente, sino que estaban vinculadas a un determinado hábitat -las «áreas intersticiales»- en consonancia con las teorías de la escuela de Chicago sobre la desorganización social provocada por los procesos migratorios y la anomia reinante en las grandes urbes. La publicación de *Street Corner Society [1943]* de Whyte supuso un importante cambio de perspectiva. En vez de analizar, como su predecesor, las diversas bandas presentes en un área, se concentró en dos grupos del barrio italiano de Boston: los *street-corner boys* y los *college-boys*. Whyte mantenía que la naturaleza del grupo no era prioritariamente delincuencial, criticando la miopía de los asistentes sociales y de la prensa. La investigación de los Lynd evocaba otro tipo de hábitat (las ciudades medias de la América profunda) y de grupo social (los *college-boys* de las *high-schools*). Los autores empezaban señalando la creciente relevancia de las divisiones generacionales en la cultura norteamericana: el retraso en la inserción profesional, la creciente importancia de la institución escolar y la emergencia del ocio estaban ampliando la brecha generacional entre jóvenes y adultos. La *high-school* se había convertido en el centro de la vida social de los muchachos: la escuela no sólo ofrecía una cultura académica sino también un espacio de sociabilidad compuesto por deportes, clubs, sonoridades y fraternidades, bailes y fiestas, un mundo con una lógica propia que genera «una ciudad dentro de la ciudad» al uso exclusivo de la joven generación. En este terreno, la edad es más importante que la clase: los escolares comparten más cosas con sus compañeros que con sus padres (Lynd y Lynd, 1957:211). El estudio preparaba así el terreno para las teorizaciones estructural-funcionalistas sobre los grupos de edad como factor de cohesión social, que Linton y Parsons desarrollarían en sendos artículos publicados en 1942. Para Parsons, el desarrollo de grupos de edad era la expresión de una nueva conciencia generacional, que cristalizaba en una cultura interclasista centrada en el consumo hedonista. Uno de los efectos de la modernización, definida como un proceso uniforme de cambio de la sociedad agraria hacia la industrial, era la separación progresiva entre la familia y el mundo institucional. Mientras en la primera esfera predominan los

valores «particularistas» y solidarios, en la segunda son hegemónicos los valores «universalistas» y normativos (Eisenstadt, 1956). La función de los grupos intermedios (subculturas y movimientos juveniles) es precisamente favorecer la transición entre las dos esferas, combinando relaciones de solidaridad con valores universales, y resolviendo los problemas de la integración social.⁴

Estos postulados fueron impugnados desde los años sesenta por diversos antropólogos, que pusieron de manifiesto el carácter conflictivo de las culturas juveniles, y la heterogeneidad interna de las mismas. En 1962 el gran etnólogo italiano Ernesto De Martino publicó un artículo sobre la violencia juvenil en Suecia, en el que se alejaba de planteamientos criminalistas y funcionalistas, proponiendo análisis en clave simbólica de los nuevos movimientos juveniles, interpretados como indicios de una crisis cultural y religiosa (De Martino, 1980; Gallini, 1980). En 1969 un discípulo de Lévi-Strauss -que acabaría, por cierto, siendo un profeta *hippy*- editó una sugerente etnografía de una banda de *blousson-noirs* de la periferia parisina, en la que equiparaba oposiciones estructurales a divisiones de clase (Monod, 1976).⁵ Pero fueron sobre todo los autores de la escuela de Birmingham quienes, desde los años setenta, propusieron un nuevo paradigma teórico a partir de sus estudios sobre las subculturas británicas de posguerra (Hall y Jefferson, 1983). El presupuesto fundamental de la escuela es el hincapié en la clase social y no en la edad como factor explicativo del surgimiento de subculturas juveniles; y en el tiempo libre y no en la delincuencia como ámbito expresivo de las mismas. Éstas son consideradas como intentos simbólicos elaborados por los jóvenes de abordar las contradicciones de clase no resueltas en la cultura parental; así como formas de «resistencia ritual» frente a los sistemas de control

⁴ En los mismos años en que los sociólogos estructural-funcionalistas postulaban en América la emergencia de una cultura juvenil interclasista, los antropólogos británicos documentaban en África la función equilibradora de los sistemas de grupos y clases de edad, como contrapunto de la tensión difusa de los sistemas políticos tribales. Además de los planteamientos teóricos de Radcliffe-Brown (1968), fue sobre todo la monografía de Evans-Pritchard (1977) sobre los *nuer* la que contribuyó a resaltar la funcionalidad social de estas agrupaciones, aunque como ha observado Spencer (1990:2), no fuera suficiente para incluir a la edad entre los criterios de clasificación de los *African Political Systems*. La concepción de la escuela británica, basada sobre todo en el estudio de los grupos formalizados, puede resumirse en la siguiente frase de Fortes: «Las organizaciones por grupos de edad resuelven y movilizan al servicio de la sociedad las tensiones y conflictos potenciales entre las sucesivas generaciones y entre padres e hijos» (1984:117).

⁵ En el marco de las sociedades preestatales, la crítica a las teorías estructural-funcionalistas estarían protagonizadas por la escuela estructural-marxista francesa. Para autores como Meillassoux, Terray y Rey, los sistemas de edades sirven a menudo para legitimar un desigual acceso a los recursos, a las tareas productivas, al mercado matrimonial, a los cargos políticos, pudiendo ser interpretados como categorías de tránsito muy formalizadas, ritualizadas mediante las ceremonias de iniciación, cuya función es legitimar la jerarquización social. A partir del caso de los agricultores *kulango* del reino Abrón (en la actual Costa de Marfil), Terray (1977:131) llega a afirmar que «el sobretrabajo de los jóvenes sirve para producir los símbolos de su propia dependencia... La emancipación progresiva de los jóvenes es un obstáculo para percibir la explotación de que son víctimas». Pese a la discrepancia en torno a si estas diferencias han de considerarse como diferencias de clase, con los planteamientos favorables de Rey y las críticas de Meillassoux, las aportaciones de la escuela francesa acostumbran a adscribirse a la teoría de «estratificación por edades» (*age stratification theory*), aunque bajo tal denominación también se ubican autores neofuncionalistas americanos como Riley y Foner (cfr. Meillassoux, 1980; Foner, 1984; Abelès y Collard, 1984; San Román, 1989; García, 1995).

cultural impuestos por los grupos en el poder. Combinando elementos del interaccionismo simbólico, del estructuralismo, de la semiótica y del marxismo gramsciano, los trabajos de estos autores documentan la emergencia de estilos juveniles espectaculares como *rockers*, *mods*, *skins* y *punks*, siendo interpretados como metáforas del cambio social. Uno de los trabajos más relevantes es el de Willis (1977) sobre la «cultura antiacadémica» de los jóvenes obreros británicos. Además de sus aportaciones teóricas a los estudios sobre educación e inserción laboral, el interés de la obra reside en su estrategia textual - confrontando los fragmentos de entrevista de la parte etnográfica con los desarrollos teóricos que de ella se deducen-, que ha sido considerada paradigmática por la antropología posmoderna. Para Marcus (1992:262) «Willis posee las virtudes necesarias para transformar la tradición antropológica de la etnografía, cosa que demuestra claramente en sus esfuerzos para establecer los significados teóricos contenidos en su obra... La mezcla de géneros que establece Willis es una de las salidas futuras que puede encontrar la etnografía». La obra más reciente del autor (1994) se dedica a explorar diversas formas de creatividad de los jóvenes en la vida cotidiana, mostrando cómo el uso que éstos hacen de la música, la moda y los medios de comunicación dista de ser pasivo y amorfo.

Algunas revisiones recientes cuestionan las orientaciones de los trabajos de la escuela de Birmingham, considerando que se han concentrado más en lo desviado que en lo convencional, más en los adolescentes de clase obrera que en sus coetáneos de clase media, más en los muchachos que en las muchachas (Lave *et al.*, 1992; Wulff, 1995). La ausencia de los adultos es otra brecha significativa: a pesar de la importancia teórica que otorgan a las culturas parentales, no las examinan empíricamente. Un análisis global de la juventud ha de ser capaz de explicar no sólo la desviación y el rechazo, sino también la convención y el consentimiento (Murdock y McCron, 1983:205). Estas críticas han dado pie a una nueva generación de trabajos, ubicados normalmente en el campo de la antropología interpretativa, que intentan superar el lastre de paradigmas criminalistas y funcionalistas a través de etnografías experimentales en que retratan la emergencia de «microculturas» juveniles en un sinfín de contextos sociales, adoptando formas no necesariamente contestatarias. El énfasis se traslada desde las instancias de socialización a los propios actores, de las actividades marginales a la vida cotidiana, de los discursos hegemónicos a las polifonías juveniles. Pueden citarse, en esta perspectiva, los trabajos de Wulff (1988) sobre un grupo interétnico de muchachas de Londres, en el que el énfasis tradicional en los espacios públicos se combina con una etnografía de la «*bedroom culture*», y sobre la «moratoria social» de un grupo de jóvenes artistas suecos en Manhattan (1995); así como los estudios de Amit-Talai (1990) sobre la sociabilidad en una *high-school* canadiense y sobre la fluidez e hibridación del concepto de cultura aplicado a la juventud (1995). Ambas autoras han editado recientemente un *reading* que da

cabida a estudios etnográficos sobre jóvenes y niños de diversas culturas contemporáneas, planteados desde estos parámetros (Amit-Talai y Wulff, 1995).⁶

Antropología de la vejez: *elders*, jubilados, asilados

If one is to judge from typical anthropological accounts, the span of years between the achievement of adult status and one's funerary rites is either an ethnographic vacuum or a vast monotonous plateau of invariable behavior (Clark, 1967, en Cohen, 1994:137).

El desarrollo de los estudios antropológicos sobre la ancianidad guarda notables paralelismos con los de la juventud. En ambos casos hay un interés original por el debate naturaleza-cultura y por desmontar los prejuicios etnocéntricos que alimentan las generalizaciones abusivas de la ciencia social predominante en este campo: la psicología. En ambos casos hay un esfuerzo por demostrar que el advenimiento de la modernidad ha ido en detrimento del estatus atribuido a jóvenes y ancianos. Y en ambos casos el desarrollo teórico ha seguido caminos paralelos (del particularismo histórico y el estructural-funcionalismo a la teoría crítica pasando por el marxismo estructural y las aproximaciones subculturales). No debe ser casual que el mismo G. Stanley Hall, después de publicar *Adolescence* (1904), fuera uno de los pioneros de la gerontología con *Senescence* (1922), obra en la que fijaba los 40 años como un punto crítico del desarrollo humano, traspasado el cual todos debían pensar en «prepararse para la tercera edad». Comparando la adolescencia y la vejez, Hall señaló que «ambos estadios tienen su ánimo pero son tan distintos como el humor de la mañana y la tarde, de la primavera y el otoño» (Hall, 1922:vii; en Brandes, 1985:19). El psicólogo anunciaba así la creciente importancia que iba a adquirir en los países occidentales la última etapa de la vida, que hasta entonces sólo había sido el privilegio de algunas minorías.

La observación de Clark sobre el «vacío etnográfico» existente en torno al período de la vida que va de la adultez a la muerte es una cantinela constante en las numerosas revisiones realizadas en las últimas décadas (Keith, 1980), hasta el punto de que Cohen (1994:138) ha ironizado sobre la «abundancia de escritos sobre una aparente falta de escritos». La publicación del libro de Simmons (*The Role of the Aged in Primitive Society*, 1945) acostumbra a señalarse como el primer oasis en este desierto. En su reciente «revisión herética» de la *geroantropología*, Cohen (1994:146) propone recuperar otras obras

⁶ El estudio antropológico de la juventud ha inspirado recientemente dos números monográficos de las revistas *Anthropology in Action* (1994) y *Psychological Anthropology* (1995).

y autores, como Frazer y su análisis de la construcción simbólica de las generaciones. *The Golden Bough* puede leerse como una interpretación simbólica del conflicto entre jóvenes y viejos, del papel central de la violencia intergeneracional en la fundación de toda cultura, y de la construcción de la vejez en torno a una crisis del sentido.⁷ Pero lo cierto es que durante mucho tiempo el papel de los ancianos en los estudios antropológicos se limitó al de servir de informantes privilegiados, depositarios del saber cultural en quienes confiaban los investigadores de campo, pero invisibles en la etnografía en tanto que personas con unas características determinadas. Keith (1980) interpreta esta ausencia por la sorpresa que debía causar su elevado poder a los etnógrafos, que pese a su edad tendían a verlos como adultos sin tener en cuenta su edad cronológica, al menos hasta que la decrepitud física se hacía evidente. El tema central de las primeras aportaciones a la geroantropología sería, precisamente, el contraste entre el estatus prestigioso de los ancianos en sociedades primitivas frente a los «estatus carentes de roles» que reciben en la sociedad moderna. La obra de Simmons (1945) contribuyó a reforzar la imagen venerable de los *elders* en las culturas preindustriales: aunque las actitudes y el trato hacia ellos varían mucho, en general son tratados con respeto mientras llevan a cabo algún tipo de actividad que se valora como necesaria, tanto en la subsistencia (cuidado de los niños, recolección, preparación de alimentos) como en el sistema simbólico (habilidades y saberes tradicionales), conservando intactos sus derechos políticos, civiles y de propiedad, y acrecentando su prestigio en el seno de la comunidad.

Frente a esta visión, la obra de Cowgill y Holmes (*Aging and Modernization*, 1972) vino a subrayar la decadencia del estatus del anciano con el advenimiento de la modernización: la imagen del jubilado o del asilado reflejan tanto la burocratización de la última etapa de la vida en la sociedad industrial (que se traduce en su clasificación formal como variable cronológica), como el proceso de exclusión social que ésta conlleva, con la consiguiente aparición del concepto de «retiro». La aparición, en los países occidentales, de nuevas agrupaciones sociales destinadas a cubrir este «estatus vacío de roles», como los hogares de jubilados, los asilos, las redes sociales de la tercera edad, etc., suscitó pronto el interés de los etnógrafos, deseosos de describir la emergencia de nuevas comunidades basadas en la edad. Algunos de estos estudios se inscriben en la llamada *teoría de la subcultura* (Rose, 1962), más bien un intento de clarificación conceptual sobre el advenimiento de una microsociedad anciana, paralela a la extensión de espacios y de tiempos donde se recluye a los miembros de la *edad dorada*. De estos paradigmas surgirían diversas

⁷ Según Cohen (1994), los estructural-funcionalistas habrían reducido su aportación al análisis formal de los grupos de edad, privando al concepto frazeriano de generación de su carga conflictiva. San Román me ha recordado, con razón, que las aportaciones de la escuela británica son un poco más complejas, incluyendo a Radcliffe-Brown, que da una versión de la lucha intergeneracional por competencia de control.

etnografías tendentes a ofrecer datos empíricos sobre las formas de organización interna de los ancianos, como *Fun City*, un estudio sobre una comunidad formada por 6.000 personas mayores de cincuenta años, situada en California, que ha creado sus propias formas de organización y ritual (Jacobs, 1974). Como en el caso de algunos estudios sobre juventud, la utilización abusiva de la perspectiva subcultural comportó una tendencia a la homogeneización de los ancianos, y a una simplificación de las complejas relaciones que los grupos de edad establecen con la sociedad más amplia, aunque también sirvieron para documentar la relevancia de la edad en la configuración de nuevas identidades sociales.

Las últimas tendencias en los estudios sobre ancianidad se sitúan a caballo entre la llamada «gerontología crítica» y las corrientes interpretativas y hermenéuticas. Por una parte, se discute la visión homogeneizadora y pasiva de los ancianos difundida por las teorías de la modernización, y de la subcultura, analizando las múltiples facetas que presenta la constante ambigüedad de su estatus. Por otra parte, se indaga en las formas de autoorganización y resistencia de los ancianos, lo cual se vincula con movimientos políticos como los Senior Citizen Clubs o los Grey Panthers, recuperando conceptos como los de hegemonía, *habitus*, discurso y poder. Finalmente, se exploran nuevas formas de representar las comunidades ancianas, ya sea renovando las retóricas textuales, o bien situándolas en contextos macrosociales. Deben citarse aquí la clásica obra de Myerhoff (1978) sobre los miembros judíos de una residencia para la tercera edad en Venice Beach, Los Ángeles, inspirado en un análisis turneriano del carácter liminal y ambiguo de la ancianidad; el reciente estudio de Lock (1993) sobre las mitologías de la menopausia en Japón y Norteamérica, donde combina narrativas personales, discursos médicos y datos cuantitativos y comparativos para trazar un panorama sugerente sobre las consecuencias cognitivas del envejecimiento físico; y el estudio de Cohen (1994) sobre la senilidad en la India, centrado en la constitución de las personas ancianas en torno a la percepción del cuerpo como metáfora de los valores centrales en la cultura de la India. La geroantropología es, en la actualidad, uno de los campos de mayor desarrollo, como lo demuestran los simposios dedicados al tema en los últimos congresos internacionales, y está empezando a ofrecer aportaciones teóricas y empíricas cuyo interés desborda ampliamente las fronteras de la subdisciplina.

La antropología de las edades en España y América Latina

Entre esta generación y la de sus padres existe una cierta idea de incompreensión activa, consistente en darse mutuamente cuenta de que pronto se separarán de los vínculos de convivencia y de que pronto serán independientes unos de otros. (Esteva, 1971:71).

Aunque existe un artículo de Murphy (1983) sobre los ritos de paso en la Andalucía urbana titulado «Coming of age in Seville», y otro más reciente de Brandes (1993) sobre la vejez y las relaciones intergeneracionales en España y América Latina, no ha cuajado en la antropología hispanoamericana una tradición de estudios sobre la relación entre edad y cultura comparable a la emergente en el ámbito anglosajón. Ello puede explicarse por el predominio de otros factores estructurales, como la clase, el género y la etnicidad, en la configuración de las identidades colectivas. Sin embargo, en los últimos años los trabajos sobre temas como los niños de la calle, las bandas juveniles y la marginación de los ancianos empiezan a ser numerosos y suscitan un creciente interés hacia las estratificaciones generacionales. En el Estado Español, más allá de las consabidas aportaciones folklóricas sobre los ritos de paso, escasean las visiones de conjunto sobre el curso biográfico como construcción cultural (pueden citarse como excepción un artículo de García, 1989 y las reflexiones de Pujadas, 1992 sobre las historias de vida). Tampoco abundan los análisis sistemáticos de las relaciones intergeneracionales, a pesar de un precedente a menudo ignorado del propio Esteva (1971), fruto de un trabajo de campo en el Alto Aragón, sobre las consecuencias del éxodo rural y del proceso de modernización en las relaciones entre jóvenes y adultos. El autor detecta el papel de la juventud como metáfora del cambio social, pues los conflictos entre padres e hijos no hacen más que reflejar, a pequeña escala, las transformaciones de la sociedad más amplia.⁸

El estudio antropológico de la juventud es un campo más fructífero de lo que parece a primera vista. Al margen de un curioso ensayo de Trías Mercant (1967) sobre la «nueva ola», de algunos estudios sobre el sistema de mocería y las costumbres prenupciales en sociedades campesinas (Fernández de Rota, 1992), y de algunas incursiones sobre la juventud gitana (Calvo, 1980, 1982), el primer estudio sistemático sobre las subculturas juveniles fue el de Romaní sobre la historia cultural del hachís en Barcelona (1982), donde reconstruía, a partir de fuentes orales, la trayectoria de colectivos como *grifotas*,

⁸ El mismo Esteva (1978) desarrolló en España el campo de la antropología psicológica, interesándose por temas como la relación entre socialización infantil y personalidad adulta. Por otra parte, debo reconocer que mi interés por el estudio de la juventud no es ajeno a las sugerencias del profesor Esteva en sus clases y en el tribunal que juzgó mi tesis de licenciatura.

rockers y *jipis* a finales del franquismo. Con posterioridad, el autor dirigió un equipo que preparó un proyecto de investigación sobre la juventud en el área metropolitana de Barcelona (Romaní *et al.*, 1986). En 1985, presenté una tesis de licenciatura titulada *Joventut i identitat. Assaig d'etnologia de la joventut a Lleida*, donde trazaba un panorama de las «tribus urbanas» en una ciudad media, fundamentalmente a partir de su relación con los espacios de ocio (Feixa, 1988, 1989). La reconstrucción de la memoria oral de diversas generaciones juveniles desde la guerra civil desembocó más tarde en una tesis doctoral sobre la relación entre culturas juveniles, hegemonía y transición social en la Cataluña contemporánea (1990, 1993). Deben reseñarse también el sugerente ensayo de Muñoz Carrión (1985) sobre las discotecas como rito de paso; el estudio de Roca (1985) sobre las imágenes de la juventud en la literatura edificante de posguerra; diversas monografías locales (Belascoain, 1985; Fericgla, 1987; Barruti *et al.* 1990); estudios sobre el consumo de drogas entre los jóvenes (Romaní, 1982; Comas, 1985; Gamella, 1990; Pallarès, 1984); monografías sobre la mili como rito de iniciación (Zulaika, 1989; Anta, 1990); una interesante incursión en las bases generacionales del nacionalismo vasco (Ramírez, 1991); y un ensayo sobre las actitudes de los jóvenes ante las minorías étnicas y el racismo (Calvo, 1995). Aunque en su gran mayoría estén todavía inéditas, me constan diversas etnografías, realizadas por antropólogos de las últimas hornadas, sobre temas como el movimiento *skinhead*, la música *heavy*, las pandillas del fútbol, las fraternidades de motoristas, la ruta del *bakalao*, etc., que han de contribuir a reunir un corpus de datos y reflexiones suficiente para ensayar visiones más globales sobre las culturas juveniles en España.

En cuanto al estudio socioantropológico de la vejez, a pesar de algunos precedentes (Romaní y Rimbau, 1980), fue la publicación del libro de Teresa San Román *Vejez y cultura* (1989) lo que marcó un decisivo partaguas. Se trata de una sistemática revisión de la literatura internacional sobre la cuestión, que desemboca en la elaboración de un modelo teórico sobre la exclusión social, relacionado a su vez con un proyecto de investigación sobre el proceso de marginación de la vejez en Cataluña ya planteado en un artículo anterior (1986). Para la autora, dicho proceso no es en esencia diferente al que padecen otros grupos marginados, y consiste en la progresiva exclusión de los ancianos de los espacios y recursos comunes, que se acompaña y alimenta por una formación ideológica que da soporte racional y justifica moralmente aquella suplantación como una negación de acceso atribuible a una supuesta incapacidad personal, que implica, en último término, la negación de sus atributos sociales de entidad personal. Aunque San Román entendía su ensayo como una contribución a una teoría de la marginación más que a una antropología de las edades, no duda en abordar el desarrollo teórico en este campo. Cabe recordar, en este sentido, la presentación que hace de las hipótesis sobre el proceso de «deculturación progresiva», que implica que las prerrogativas del anciano se

vayan eliminando en idéntico orden en que se le atribuyeron cuando pasaba de niño a adulto (San Román, 1986:144). En los últimos años, otros antropólogos españoles han participado, con desigual fortuna, en investigaciones sobre la vejez, a menudo con una perspectiva aplicada (Fericgla, 1992; Ariño). El trabajo más reciente y actualizado es la tesis doctoral de García (1995) sobre las imágenes culturales de la vejez, elaborada a partir de una serie de relatos de vida y del análisis de documentación periodística, en la que traza un completo panorama de las vivencias de la ancianidad en la Cataluña contemporánea, en relación a las cambiantes políticas sociales sobre la misma. El estudio muestra también lo ilusorio de considerar a los ancianos como a un grupo homogéneo, y lo urgente de atender a la diversidad de estrategias conductuales que éstos manifiestan. Cabe señalar, por último, la ausencia de estudios comparativos sobre diversos grupos de edad, que podrían dar luz a una reflexión sobre las relaciones entre el proceso de extensión cronológica y social de la juventud y de la ancianidad, y sobre el proceso de creación de estereotipos sobre ambos grupos de edad.

En América Latina, la edad no ha sido contemplada hasta hace poco como objeto antropológico. Y ello a pesar de la importancia de las agrupaciones generacionales en las culturas precolombinas y en las sociedades indígenas contemporáneas, reflejadas en instituciones tan importantes como el sistema de cargos (Carrasco, 1979). Como sucedió con la antropología clásica, «el indígena de los textos etnológicos casi siempre ha sido un hombre adulto... Pero hablar de lo indígena ha significado hablar muy poco de los niños indios...; el discurso tampoco ha involucrado a los adolescentes y jóvenes» (Acevedo, 1986:7-8). Ha sido la emergencia de nuevos problemas sociales, asociados al crecimiento de las grandes urbes, los que han llevado al escenario a nuevos actores: niños de la calle, malandros, pandilleros, ancianos desvalidos, etc. En todos los casos, el cine ha tomado la delantera a la antropología en sus retratos etnográficos de estos fenómenos, desde *Los Olvidados* de Buñuel (1950) a *Sicarios* de Novoa (1994). Sobre los niños de la calle o los *meninos da rua* existe una amplia literatura, a menudo sensacionalista, en la que no me voy a detener (Ennew, 1994). Sí quisiera citar, en cambio, algunos trabajos recientes sobre bandas juveniles, pues suponen un interesante cambio de paradigma: el énfasis en los aspectos marginales y desviantes ha dado paso al reconocimiento de los factores identitarios que intervienen en la emergencia de fenómenos como los *chavos banda* en México, los *malandros* en Venezuela, los *office-boys* en Brasil o *los cholos* en California (Ortiz y Simoes, 1985; Valenzuela, 1988; Reguillo, 1989; Urteaga, 1992). Yo mismo tuve ocasión de realizar una investigación sobre el terreno en un barrio periférico de la Ciudad de México, de la que se han derivado diversos trabajos sobre la relación entre migración, bandas juveniles y emergencia de nuevas etnicidades, así como un intento de comparar el fenómeno de las «tribus urbanas» con el de los «chavos

banda» (Feixa, 1994). Las primeras aportaciones, de carácter etnográfico, están dando paso a visiones de conjunto que interesan al conjunto de la disciplina antropológica.

Epilogo. ¿Tiene edad la identidad?

We can state pretty confidently that one's generation is an important component of identity in virtually every know culture: to one degree or another, people everywhere measure and rank themselves relative to their ancestors and descendants, to their seniors and juniors (Brandes, 1985:16).

It is not simply that the bias in social anthropology has been toward males, but it has been towards middle-aged males at that (Spencer, 1990:2).

El problema subyacente a los escenarios revisitados puede plantearse en los términos siguientes: ¿en qué medida la edad contribuye a la conformación de las identidades colectivas?, ¿cómo interactúa con otros factores, como la etnicidad, el género, la clase y el territorio?, ¿es una dimensión central o marginal en la estructura social contemporánea? La ciencia del hombre no sólo ha sido etnocéntrica y androcéntrica, sino que también ha sido *adultocéntrica*. Pero mientras la crítica relativista y feminista hace tiempo que ha hecho mella en la consideración de la diversidad cultural, la crítica generacional no ha conseguido todavía deconstruir los estereotipos predominantes sobre los grupos de edad subalternos, percibidos a menudo como preparación al -o como regresión del- modelo adulto. Los estudios sobre infancia, juventud y ancianidad continúan considerándose estudios *menores*, pese a la creciente relevancia del factor edad en la emergencia de nuevas identidades sociales, algo congruente con el concepto de cultura de la teoría social contemporánea, mucho menos ligado a las nociones de estructura, grupo, comunidad, territorio e identidad, que a las de red, situación, liminalidad, hbridación y juego. Por supuesto, el camino a recorrer está lleno de trampas (una de las principales es la tendencia a considerar a los grupos de edad como si tuvieran una coherencia exclusivamente interna). Para evitar la tendencia a aislar los estudios sobre la edad de otras dimensiones culturales, propongo combinar dos posibles perspectivas de análisis:

a) *La construcción cultural de las edades*. Se trata de estudiar las formas mediante las cuales cada sociedad estructura las fases del ciclo vital, delimitando las *condiciones sociales* de los miembros de cada grupo de edad (es decir, el sistema de derechos y deberes de cada persona según su grado de edad), así como las *imágenes culturales* a las que están asociados (es decir, el sistema de representaciones, estereotipos y valores que legitiman y

modelan el *capital cultural* de cada generación). La edad aparece como un constructo modelado por la cultura, cuyas formas y contenidos son cambiantes en el espacio, en el tiempo y en la estructura social. Ello conduce a preguntas como las siguientes: ¿Cómo ha cambiado históricamente la organización del ciclo vital? ¿Cómo se organizan hoy las fronteras y los tránsitos entre las diversas etapas biográficas? ¿Cuales son las transformaciones recientes en las condiciones sociales de las distintas edades? ¿Cómo influyen las instituciones en la vida de los grupos de edad subalternos? ¿Qué relación existe entre la marginación de los jóvenes y la de los ancianos?

b) *La construcción generacional de la cultura.* Se trata de estudiar las formas mediante las cuales cada grupo de edad participa en los procesos de creación y circulación cultural, lo que puede traducirse en determinadas percepciones del espacio y del tiempo, en formas de comunicación verbal y corporal, en mecanismos de resistencia y cohesión social, en producciones estéticas, lúdicas y musicales, en discursos simbólicos e ideológicos, y en apropiaciones sincréticas de los flujos transmitidos por las grandes agencias culturales. La cultura aparece como un constructo modelado por las relaciones generacionales, cuyos agentes filtran y remiten constantemente los mensajes culturales. Ello conduce a preguntas como las siguientes: ¿Cómo han cambiado históricamente las imágenes culturales de las diversas edades? ¿Qué discursos elaboran los distintos grupos de edad sobre su propia experiencia vital? ¿En qué contextos surge y cómo se expresa la conciencia generacional? ¿Cómo influyen los grupos de edad subalternos en el funcionamiento de las instituciones? ¿Cómo construyen y se apropian los jóvenes y ancianos de los espacios y los tiempos de su vida cotidiana?

En el último Congreso de Ciencias Etnológicas y Antropológicas, celebrado en la ciudad de México en 1993, fueron diversas las mesas dedicadas al estudio de la infancia y de la vejez, como también lo eran las comunicaciones que trataban sobre diversas expresiones culturales de la juventud. Alguien dijo que, frente al predominio de los conceptos de etnicidad en los 60, de clase en los 70 y de género en los 80, los años 90 verían la emergencia de la edad como *locus* privilegiado del discurso antropológico, en consonancia con una visión más cabal de los procesos de globalización, multiculturalidad y creolización a escala planetaria. Sin necesidad de llegar a esos extremos, no hay duda que la emergencia de una antropología de las edades no puede plantearse al margen de una renovación teórica de la disciplina, que explore el deslizamiento de las fronteras entre las identidades personales y sociales, y entre las dimensiones materiales y simbólicas de las mismas. Pues si tiene edad la identidad es, sobre todo, porque ésta ya no puede pensarse como una matriz más o menos estática de marcos de integración, sino como un laboratorio dinámico de

flujos de información. ¿Cómo explicar, si no, que el universo cultural asociado a una música generacional como el rock llegue a todos los rincones del planeta, o que un *chavo banda* de un barrio marginal de la Ciudad de México y un *punk* de Lleida se identifiquen mucho más entre sí que con sus respectivos padres?

Bibliografía

Abeles, M. y Collard, Ch. (eds.) (1985), *Age, pouvoir et société en Afrique Noire*, Montréal, Karthala.

Acevedo, C. (1986), *Estudios sobre el ciclo vital*, México, INAH.

Aguilar, E. (1995), «Los procesos productivos artesanales: Una aproximación teórica», *Sociología del Trabajo*, 24:39-74.

Amit-Talai, V (1995), «The "multi" cultural of youth», en Amit-Talai y Wulff (eds.), pp. 223-233.

- y Foley, K. (1990), «Community For Now: An Analysis of Contingent Communitality among Urban High School Students in Quebec», *Urban Anthropology*, 3:233-253.

- y Wulff, H. (eds.) (1995), *Youth Cultures. A Cross-Cultural Perspective*, Londres, Routledge.

Anta, J. L. (1990), *Cantina, garita y cocina. Estudio antropológico de soldados y cuarteles*, Madrid, Siglo XXI.

Ariès, P. (1973), *L'enfant et la vie familiale sous l'ancien régime*, Paris, Seuil.

Barruti, M. et al. (1990), *El món dels joves a Barcelona. Imatges i estils juvenils*, Ajuntament de Barcelona, Projecte jove.

Belascoain, R. et al. (1985), *D'esquena al mirall. Estudi deis joves de Vilanova*, Ajuntament de Vilanova.

Benedict, R. (1973), «Continuities and Discontinuities in Cultural Conditioning», en Silverstein (ed.), *The Sociology of Youth*, pp. 100-108.

Bernardi, B. (1985), *Age Class Systems*, Nueva York, Cambridge University Press.

Brandes, S. (1985), *Forty. The age and the symbol*, Knoxville, University of Texas Press.

- (1993), «Aging and Intergenerational Relations in Spain and Spanish America», *Annual Review of Gerontology and Geriatrics*, 13:147-166.

- (1995), «¿Qué significa cumplir los cuarenta? Cultura y crisis a la mitad de la vida», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, L, 2:27-52.

Calvo, T. (1980), «Juventud y cambio social: marginación o protagonismo», *De Juventud*, 1:149-163. - (1982), «Estudio sociológico y antropológico sobre la juventud gitana», *De Juventud*, 5:59-86.

- (1995), *Crece el racismo, también la solidaridad. Las actitudes de nuestros jóvenes ante otros pueblos y culturas*, Madrid, Tecnos.

Carrasco, P. (1979), «La jerarquía civicorreligiosa en las comunidades de Mesoamérica», en Llobera Ed., *Antropología Política*, Barcelona, Anagrama, pp. 323-340.

Clifford, J. (1983), «The Other Side of Paradise», *Times Literary Supplement*, mayo, 13, 4, 180:475-6.

Côté, J. E. (1994), *Adolescent storm and Stress. An Evaluation of the Mead-Freeman Controversy*, Hillsdale, Lawrence Earlbaum.

Cohen, L. (1994), «Old Age: Cultural and Critical Perspectives», *Annual Review of Anthropology*, 23:137-158.

Comas, D. (1985), *El uso de drogas en la juventud*, Barcelona, Informe Juventud en España.

Cowgill, D. O. y Holmes, L. D. (1972), *Aging and Modernization*, Nueva York, Appleton.

Cucó, J. (1995), *La amistad: perspectiva antropológica*, Barcelona, Icària.

De Martino, Ernesto (1980) [1962], «Furore in Svezia», en *Furore símbolo valore*, Milán, Feltrinelli, pp. 225-232.

Eisenstadt, S. N. (1956), *From Generation to Generation*, Nueva York, The Free Press.

Enew, J. (1994), «Less Bitter than Expected: Street Youth in Latin America», *Anthropology in Action*, 1,1:7-10.

Erikson, E. H. (1980), *Identidad, Juventud y Crisis*, Madrid, Taurus.

Esteva, C. (1971), «Para una teoría de la aculturación en el Alto Aragón», *Ethnica*, 2:8-75.

- (1978), *Cultura, sociedad y personalidad*, Barcelona, Anthropos.

Evans-Pritchard, E. E. (1977) [1940], *Los Nuer*, Barcelona, Anagrama.

Feixa, C. (1988), *La tribu juvenil. Una aproximación transcultural a la juventud*, Turin, Edizioni l'Occhiello.

- (1989), «Pijos, progres y punks. Hacia una antropología de la juventud urbana», *De Juventud*, 34:69-78.

- (1990), *Cultures juvenils, hegemonía i transició social. Una història oral de la joventut a Lleida (1936-1989)*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona.

- (1993), *La joventut com a metàfora. Sobre les cultures juvenile*, Barcelona, Generalitat de Catalunya. - (1994), «"Tribus urbanas" versus "Chavos banda". Las culturas juveniles en Cataluña y en México», *Papers d Antropología*, 4, Universitat Rovira i Virgili.

Fericgla, J. M. (1987), *La joventut i el lleure a Catalunya*, tesis doctoral, Universitat de Barcelona.

- (1992), *Envejecer. Una antropología de la ancianidad*, Barcelona, Anthropos.

Fernández de Rota, J. A. (1992), «El moceo: un análisis comparativo», *Actas del Congreso de Antropología del sudeste*, Murcia.

Foner, N. (1984), *Ages in Conflict: A Cross Cultural Study on Inequality Between Old and Young*, Columbia University Press.

Fortes, M. (1984), «Age, generation, and social structure», en Kertzer y Keith (eds.), pp. 99-122.

Freeman, D. (1983), *Margared Mead and Samoa. The Making and Undmaking of an Anthropological Myth*, Londres, Penguin Books.

Gallini, C. (1980), *Forme di cultura tra i giovani*, Cagliari, Edes Saggi.

Gamella, J. F. (1990), *La historia de Julián*, Madrid, Popular.

García, J. L. (1989), «El ciclo de vida, algo más que un sistema de transiciones», *Antropología Cultural de Extremadura*, Mérida, Junta de Extremadura, pp. 293-306.

García, M. (1995), *Les imatges culturals de la vellesa. Construcció i deconstrucció d'una categoria social*, tesis doctoral, Tarragona, Dept. d'Antropologia i Filosofia, URV

Gillis, John R. (1981), *Youth and History. Tradition and Change in European Age Relations, 1770 present*, Nueva York, Academic Press.

Hall, S. y Jefferson, T. (eds.) (1983), *Resistance through rituals. Youth subcultures in post-war Britain*, Londres, Hutchinson University Library.

Hall, S. G. (1915) [1904], *Adolescence: Its Psychology and its relations to Physiology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*, Nueva York, Appleton.

- (1922), *Senescence: The Last half of Life*, Nueva York, Appleton.

Harris, M. (1983), «Margared Mead and the giant-killer: It doesn't matter a with who's right», *The Sciences*, 23:18-21.

Jacobs, J. (1974), *Sun City. An Ethnography of a Retirement Community*, Nueva York, Appleton.

Keith, J. (1980), «"The Best Is Yet To Be". Toward and Anthropology of Age», *Annual Review of Anthropology*, 9:339-364.

Kertzner, D. y Keith, J. (eds.) (1984), *Age and Anthropological Theory*, Londres, Ithaca.

Lave, J. et al. (1992), «Coming of Age in Birmingham: cultural studies and conceptions of subjectivity», *Annual Review of Anthropology*, 21:257-282.

Linton, R. (1942), «Age and sex categories», *ASR*, 7:589-603.

Lock, M. (1993), *Encounters with Aging. Mithologies of Menopause in Japan and North America*, Berkeley, University of California Press.

Lynd, R. y Lynd, H. (1957) [1929], *Middletown. A Study in Modern American Culture*, San Diego, Harvest.

Marcus, G. E. (1992), «Problemas de la etnografía contemporánea en el mundo moderno», en Clifford y Marcus (eds.), *Retóricas de la Antropología*, Madrid, Júcar, pp. 245-262.

- (1983), «One Man's Mead», *New York Times Book Review*, marzo, 27:3, pp. 22-24.

- y Fischer, M. M. (1986), *Anthropology as Cultural Critique*, Chicago, University of Chicago Press. Mead, M. y Wolfenstein, M. (eds.) (1955), *Childhood in Contemporary Cultures*, Chicago, University of Chicago Press.

Mead, M. (1977) [1968], *Cultura y compromiso. El mensaje a la nueva generación*, Barcelona, Granice.

- (1985) [1929], *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Barcelona, Planeta. Meillassoux, C. (1980), *Mujeres, graneros y capitales*, Madrid, Siglo XXI.

Monod, J. (1976) [1969], *Los barjots. Ensayo de etnología de bandas de jóvenes*, Barcelona, Seix Barral.

Muñoz Carrión, A. (1985), «El ceremonial comunicativo y la expulsión de la palabra», *Los Cuadernos del Norte*, 29:32-38.

Murdock, G. y McCron, R. (1983), «Consciousness of class and consciousness of generation», en Hall y Jefferson (eds.), pp. 192-207.

Murphy, M. D. (1983), «Coming of Age in Seville: the Structuring of a Riteless Passage to Manhood», *Journal of Anthropological Research*, 39.

Myerhoff, B. (1978), *Number Our Days*, Nueva York, Simon & Schuster.

Narotzky, S. (1991), «La renta del afecto: Ideología y reproducción social en el cuidado de los viejos», en *Antropología de los pueblos de España*, Madrid, Taurus, pp. 464-474.

O'Donnell, M. (1985), *Age and Generation*, Londres, Tavistock.

Ortiz, J. M. y Simoes, S. (1985), «Os Office Boys e a metrópole», *Devios*, Río de Janeiro, 4:92-108. Pallarès, J. (1994), *La dolça punzada de l'escorpí. Antropologia dels ionquis i de l'heroïna a Catalunya*, Lleida, Pagès.

Parsons, T. (1972) [1942], «Age and Sex in the Social Structure of the United States», en Manning y Truzzi (eds.), pp. 136-147.

Pauline, D. (ed.) (1971), *Classes et associations d'age en Afrique de l'Ouest*, Paris.

Pujadas, J. J. (1992), *El método biográfico. El uso de historias de vida en ciencias sociales*, Madrid, CIS.

Radcliffe-Brown, A. R. (1968), *Estructura y función en la sociedad primitiva*, Barcelona, Península.

Ramírez, E. (1991), *De jóvenes y sus identidades. Socioantropología de la etnicidad en Euskadi*, Madrid, CIS.

Reguillo, R. (1989), *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*, Guadalajara, ITESO.

Roca, J. (1985), *El títol vital en la literatura edificant de postguerra: percepció dels períodes de joventut, prometatge i matrimoni*, tesis de licenciatura, Área de Antropología Social, Tarragona.

Romaní, O. (1982), *Droga i subculture. Una història cultural del «hair a Barcelona*, tesi doctoral, Universitat de Barcelona.

- y Rimbau, C. (1980), «Aspectes sociològics i culturals de la vellesa», en C. Rimbau (ed.), *La vellesa*, Caixa de Barcelona.

-, Contreras, J.; Horns, O. y Feixa, C. (1986), *Projecte per a l'estudi de la joventut a l'àrea metropolitana de Barcelona*, Caixa de Barcelona.

Rose, A. M. (1962), «The Subculture of the Aging: a Topic for Sociological Research», *Gerontologist*, 2:123-127.

San Román, T. (1986), «Comentarios sobre un proyecto de investigación socioantropológica de la marginación social», *Perspectiva Social*, 22:141-151.

- (1989), *Vejez y cultura*, Barcelona, Fundació la Caixa.

Scheper-Hugues, N. (1984), ((The Margared Mead Controversy: Culture, Biology and Anthropological Inquiry», *Human Organization*, 43:85-93.

- (ed.) (1987), *Child Survival. Anthropological Perspectives on the Treatment and Maltreatment of Children*, Boston, Reidel.

Schlegel, A. y Barry, H. (1991), *Adolescence. An Anthropological Inquiry*, Nueva York, The Free Press.

Silverstein, H. (ed.) (1973), *The Sociology of Youth*, Nueva York, McMillan.
Simmons, L. (1945), *The Role of the Aged in Primitive Society*, New Haven, Yale University Press.

Spencer, P. (ed.) (1990), *Anthropology and the Riddle of the Sphinx. Paradoxes of Change in the Life Course*, Londres, Routledge.

Terray, E. (1977), «Clase y conciencia de clase en el reino abrón», en *Análisis marxistas y antropología social*, Barcelona, Anagrama, pp. 128-137.

Thrasher, F. M. (1963) [1927], *The Gang. A Study of 1313 gangs in Chicago*, Chicago, University of Chicago Press.

Trías Mercant, S. (1967), «Apuntes para una clasificación de grupos juveniles», *Revista del Instituto de la Juventud*, 13:61-95.

Urteaga, M. (1992), «Jóvenes urbanos e identidades colectivas», *Ciudades*, 14:32-37.

Valenzuela, J. M. (1988), *¡A la brava ése! Cholos, punks, chavos banda*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte.

Van Gennep, A. (1986) [1909], *Los ritos de paso*, Madrid, Taurus.

Whyte, W F. (1972) [1943], *La sociedad de las esquinas*, México, Diáfora.

Willis, P. (1988) [1977], *Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*, Madrid, Akal.

- (1990), *Common Cultures. Symbolic work at play in the everyday cultures of the young*, Boulder, Westview Press.

Wulff, H. (1988), *Twenty girls. Growing-up, Ethnicity and Excitement in a South London Microculture*, Stockholm, Stockholm Studies in Social Anthropology.

- (1995), «Introducing youth culture in its own right», en Amit-Talai y Wulff (eds.), pp. 1-18.

Zulaika, J. (1989), *Chivos y soldados. La mili como ritual de iniciación*, Bilbao, Baroja.